



IV

La inundación de 1607.— El virrey D. Luis de Velasco el segundo.— Medidas y providencias que tomó para evitar mayores peligros.— Las iglesias, conventos y muchas casas inundadas.— El virrey celebra juntas y ofrece recompensas á los que presenten el mejor proyecto para el desagüe.— Proyectos que se ofrecen.— El de Francisco Pérez.— El de Alonso Pérez Rebelto.— El de Damián de Avila.— Los de Francisco Gutiérrez Naranjo y Sebastián Luna.— El de Juan de Peralta.— El de Enrico Martínez ó Martin.— Antes de tomar resolución definitiva el virrey, pasa los autos al Ayuntamiento.— Información que propone éste, y aprobada. los testigos declaran la urgencia y necesidad de hacer el desagüe.— Otros proyectos.— Se aprueba el de Enrico Martin.— Datos biográficos.— Opiniones diversas sobre la nacionalidad de Enrico Martin.— Era francés.— Testimonios que lo comprueban.— Autobiografía de Enrico conservada por D. Juan Ruiz de Alarcón.— Obras que imprimió y dejó inéditas.— Pregones ordenados por el virrey Velasco.— Se avalúa la propiedad urbana y se establece un impuesto para los gastos del desagüe.— Nuevos proyectos.— Se aprueba definitivamente el de Enrico Martin y se ordena su ejecución.— Se inauguran las obras con asistencia del virrey, quien empuña el azadón para comenzar los trabajos en medio del mayor entusiasmo y regocijo de los presentes.— Inútiles pesquisas para hallar los proyectos escritos de Enrico Martin.— Lo que dice Humboldt.— El gobierno español adoptó el más económico.— No es cierto que haya sido puramente negativo.— Instrucciones del virrey para los indios.— Primera visita á las obras ejecutadas.— Albricias á Enrico Martin.— Corre el agua por tajo y socavón delante del virrey y del Arzobispo García Guerra.— Medidas de las obras que da Humboldt.— Elogios que les hace.— Lo que dijo de ellas D. Francisco de Garay.— Trabajos posteriores.— Opiniones contrarias de los peritos.— Se acuerda que se prosigan las labores del desagüe, por auto de 7 de Octubre de 1609.— Manera de cómo se habían de hacer las nuevas obras.— El ilustre virrey D. Luis de Velasco es nombrado presidente del Consejo de Indias.— Enrico Martin perdió con la partida de éste á España, un activo colaborador y un ilustre protector de su proyecto.

LAS obras emprendidas hasta entonces, como hemos dicho, no habían pasado de medios para precaver á la ciudad de la invasión de las aguas excedentes de los lagos que se desbordaban sobre ella ó penetraban por las acequias y anegaban las calles; pero en el caso en que las lluvias fueran extraordinarias por su abundancia, tales reparos y defensas eran bastante débiles, como ha dicho un docto historiador.

La experiencia vino á confirmarlo tres años después de la última inundación mencionada en el anterior capítulo. El año de 1607 fué muy abundante de aguas. El peligro no sólo lo produjeron las copiosas lluvias y grandes crecientes que tuvieron las lagunas cuyas aguas se introducían por las puertas de las casas, sino que se pudo observar que á este caudal se añadió el de innumerables manantiales que brotaron en las calles y dentro del interior de los edificios.

Esto hizo que las aguas de las acequias se desbordaran hasta cubrir los ojos de los muchos puentes que había para atravesar de un punto á otro. Las habitaciones de un solo piso, las llamadas accesorias, quedaron inhabitables por mucho tiempo, con grave perjuicio de la gente pobre. En las de más pisos y bien construídas no se podía entrar ni salir, á no ser navegando en canoas. «Una gran parte de los moradores, añade el P. Alegre, habia desamparado la ciudad: á los que no fueron tan pronto, no les fué despues muy fácil tomar esta resolucíon, porque la fuerza y peso de las aguas rompió por varias partes las calzadas é imposibilitó por mucho tiempo la fuga.»

Para colmo de males, y aumentar más el pánico y ruina de la ciudad, el día 29 de Junio, festividad de los apóstoles San Pedro y San Pablo, fuertes y copiosos aguaceros cayeron sobre la población y los alrededores, produciendo «una nueva y mas pujante avenida» que derribó muchos de los menos fuertes edificios y muchas casas de campo y recreo del rumbo Sureste y de la parte del lago de Chalco. (1)

Como se vé por los datos que acerca de la inundación consigna la historia, México estuvo á punto de arruinarse, y mayores fueron los estragos que causaron las lluvias y avenidas en esta fecha, que en años precedentes, excepción hecha de las inundaciones que sufrió la ciudad antes de la Conquista.

Para fortuna de los vecinos de la capital, como sucesor del ilustrado marqués de Montesclaros, entró á gobernar la Colonia el 2 de Julio de 1607, el no menos ilustre D. Luis de Velasco, que siendo virrey desde 1590 hasta 1595 en que pasó al Perú, había dejado gratos recuerdos de su administración; circunstancia por la que era muy estimado, así como por ser hijo de D. Luis de Velasco el primero, quien mereció también todo el aprecio de los habitantes de la Nueva España.

Antes de dar cima á la obra de mayor importancia que hasta allí se había emprendido, el inteligente virrey ordenó diversas obras, de que él mismo nos hace relación en un escrito dirigido al Ayuntamiento:

(1) *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, tomo 1º, pág. 436.

«Y que despues que entré á esta Ciudad á 15 dias del mes de Julio, dice, que era la fuerza de las llubias, he puesto, y ordenado presta y cuidadosamente la resistencia, y defensa que ha sido posible para impedir el incurso de las corrientes, y avenidas que á ella vienen, cerrando los ojos de las puertas de la Calzada que va de Chapultepec á la de Tacuba, para que tengan segura division las aguas que de la otra parte se recoxen de los Rios, y bertientes de aquellos altos, que poderosamente pudieran anegar esta Ciudad, como tolerando el menor inconveniente se han anegado por allí algunas huertas; y cerrado, y atajado el Rio de Escapuçalco, que con el ímpetu de sus abenidas salió de la madre, y curso ordinario tres, ó quatro vezes, que ha costado dinero, y trabajo, se ha vuelto á cerrar, y se desencaminó hazia esta Ciudad, de que resultaua evidentissimo daño. Y en la Calzada de Mexicalcingo, y Estapalapa se adereçasen algunos portillos, que se habian hecho, y se echasen las compuertas que allí estan, que por haberlas alzado muchos meses atras entró en esta Laguna muy gran golpe de agua, y se ha puesto toda la industria, y fuerça posible en cerrar por la calzada de San Christoual, la entrada que haze el Rio de Guautitlan, y todas las corrientes de aquel lado, que es muy dificultoso de detenerlas. Y se ha reparado la Albarrada antigua que viene, desde la Calzada de Guadalupe, á la de San Anton, que es la que principalmente defiende á esta Ciudad de la Laguna, que estaua ya por muchas partes gastada, y flaca, y por algunas abierta, y desecha que se entraba el agua sin ninguna resistencia. Y tambien la que va de San Anton á la Calzada de San Juan, que como es frágil, y no bien cimentada, ha tenido daños, y roturas.»

Pero todas estas diligencias, y otras que por insignificantes no se mencionan, no habían bastado, como dice el propio virrey, á aliviar la ciudad de la inundación, antes con el rigor de la estación de las aguas, se había aumentado y elevado el nivel de los lagos; pero de tal manera, que éstos tenían su flujo y reflujo como el mar cuando los vientos soplan con fuerza sobre las aguas.

Casi todas las iglesias de los conventos de religiosos estaban cerradas, lo mismo que los monasterios de monjas por hallarse anegados, así como muchas casas de los principales vecinos. Esto hizo

que el virrey mandara desaguar los dichos edificios por medio de ingenios, y como hubo que desaguar también muchas calles, ordenó que se estacaran y levantaran los pretilos de las acequias, para que pudieran contener el agua que se les echase.

De Julio á Septiembre del año de 1607 se practicaron las anteriores providencias dictadas por el mencionado virrey; pero juzgando éste, y con razón de sobra, que ya era tiempo de tomar resoluciones más eficaces, citó con frecuencia juntas, á las que asistieron ministros de la Real Audiencia, ambos Cabildos, prelados de las religiones y personas peritas é instruídas. Publicó un bando ofreciendo recompensas á los españoles ó indios que propusieran algunos remedios para el desagüe, ya fueran fruto de sus ingenios, sacados de autores, transmitidos por tradición, ó que se hubieran puesto en práctica en la ciudad ó en otras del mundo cuando se sufrían calamidades como la presente. El mismo decreto, añade el P. Alegre, lo hizo leer en su propio palacio á las órdenes religiosas para que le ilustraran con sus luces, y ocioso es decir que entre sus primeros cuidados fué mandar hacer en todas las iglesias oraciones y plegarias para aplacar las iras del cielo, como era costumbre en aquellos tiempos.

Mientras se tomaban todas estas medidas adecuadas á las necesidades del momento, las lluvias habían disminuído en su fuerza, pues en los meses de Agosto, Septiembre y Octubre, en cuyos meses, principalmente en los dos primeros, las aguas son muy abundantes en México, no hubo sino dos copiosos aguaceros que no causaron gran daño.

«El prudente virrey, continúa el P. Alegre, conoció bien que estos remedios provisionales no podían ser de mucha utilidad y duracion, y se aplicó á tratar de algun desagüe que pusiese en lo venidero la ciudad á cubierto de toda inundacion. Al principio pareció difícil, aun imposible hallarse alguno. Poco despues, con la esperanza del premio se propusieron tantos, que no fué el menor trabajo reconocerlos todos y resolver por el de mayor utilidad y menos costo.» (1)

(1) *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, tomo I, pág. 437.

Para tratar relativamente á lo tocante en materia del desagüe, hacer los reparos que demandaba el estado de la ciudad, y examinar y discutir los memoriales, advertencias y avisos que muchas personas le mandaban al virrey, proveyó éste auto, para que todos los miércoles, á las tres de la tarde, en su antecámara se reunieran los licenciados D. Pedro de Otalora, D. Diego Núñez Morquecho, Doctor Juan Quesada de Figueroa, todos oidores de la Real Audiencia, y el fiscal de Su Majestad.

Como no sería posible dar cuenta de todos los proyectos entonces presentados, mencionaremos algunos, aunque sucintamente.

D. Luis de Fuenmayor y Martín Núñez presentaron uno en nombre de un Francisco Pérez, y señalaron sitio para el desagüe á una legua y media de las orillas del lago de Chalco, hacia el pueblo de Tepopula; y habiendo ido á examinarlo Juan de la Isla, comisionado por el virrey, descubrió ciertos sumideros grandes en un llano de las vertientes y vegas de Yolotepec, entre Tepopula y Tenango el Viejo, en los cuales cuando llovía, aunque fuera con exceso, se recogía de muchas vertientes y cerros gran cantidad de agua que en un instante se resumía por los dichos sumideros, y el citado Isla fué de opinión que por uno de ellos se echase el río de Tenango, que con otros tres estaba desviando Luis de Illescas en la provincia de Chalco, para lo que se le habían proporcionado cincuenta indios semanariamente por espacio de treinta días.

Varios ofrecieron desagüe por Zumpango y Huehuetoca. Para verlos salió de México el virrey acompañado de tres oidores, dos comisarios del Cabildo, un capitular de la Catedral, el Doctor Villerino, el cosmógrafo Enrico Martínez, Alonso Arias, Andrés de la Concha, Juan de Cebicos y otros maestros y matemáticos.

Alonso Pérez Rebelto, vecino del pueblo de Cuauhtitlán, señaló como punto de partida de su desagüe el pueblo de Santiago, sujeto á Zumpango, estando el sitio como á dos tiros de arcabuz hacia la labor de Francisco Meléndez.

Damián de Avila indicó como sitio de su desagüe otro punto situado á cinco mil varas á la derecha del anterior, junto al pueblo llamado de San Pedro, al comienzo de la calzada de Zumpango á Cuauhtitlán, en el primer ojo de la laguna, el cual desagüe lo enca-